

ENCUENTRO POR LA PAZ, EL DESARME Y LA JUSTICIA GLOBAL

Propuesta para la reflexión

Planteamos algunas cuestiones para la reflexión. No pretenden otra cosa que abrir un primer espacio para la deliberación.

[1] *¿Cuál es la relación entre gasto militar y paz o guerra?*

Según el informe del SIPRI (Stockholm International Peace Research Institute) de 2024 el gasto militar mundial alcanzó un récord histórico en 2023: 2,443 billones de dólares, lo que representa un aumento del 6,8% respecto al año anterior. El gasto ha crecido ininterrumpidamente durante los últimos 9 años. Por su parte, según ACLED y Uppsala Conflict Data Program (UCDP), el número de conflictos armados activos ha aumentado en la última década, aunque con distinta intensidad. En 2023 se contabilizaron más de 55 conflictos armados activos, incluidos guerras civiles, conflictos internacionales y violencia no estatal (terrorismo, milicias).

¿Existe correlación entre gasto militar y conflictos? Lo que indican los estudios es que no hay una relación automática entre mayor gasto militar y mayor número de conflictos. Sin embargo, el aumento del gasto militar suele coincidir con períodos de tensiones geopolíticas elevadas (por ejemplo, Guerra Fría, post-11S, guerra en Ucrania). Además. Los países que enfrentan conflictos o se perciben amenazados tienden a aumentar su gasto (retroalimentación defensiva) y la acumulación de armas puede elevar el riesgo de conflicto en zonas inestables si no hay mecanismos de disuasión o control democrático.

Hay una relación compleja, condicionada y contextual entre el gasto militar y los conflictos. El gasto militar es un indicador de tensión, más que una causa directa de guerra. Más gasto no significa automáticamente más guerras, pero puede aumentar el potencial destructivo y dificultar la resolución pacífica.

[2] *¿Es la vía del rearme, es decir, del fortalecimiento de la propia capacidad ofensiva, una forma adecuada de lanzar un mensaje de apuesta por el diálogo y la paz? ¿No alimenta, por el contrario, la inseguridad de la otra parte y, por ello, no justifica su decisión de rearmarse igualmente?*

Reflexionamos y conversamos a partir de este texto de nuestro (hoy) obispo Joseba Segura (*La guerra imposible*, 1991, pp. 375-376):

Cabe dudar con razón de la voluntad pacificadora de un país que se inspira en unos planteamientos eminentemente agresivos. Las «iniciativas unilaterales» propuestas por algunos episcopados están en contradicción con ellos. Suponen un espíritu abierto y dispuesto a demostrar una voluntad pacificadora y dialogante eficaz, y al mismo tiempo consciente de los riesgos y peligros que conviene dosificar inteligentemente. Esta actitud es compatible con la ética cristiana. Y al mismo tiempo es política, dado que es posible ponerla en práctica. Y si hoy por hoy no lo fuera, habrá que esforzarse firmemente para que pronto lo pueda ser. Para ello será necesario marcar claras distancias respecto a los que, por principio, la consideran

«poco realista» o «ilusoria». Además, resultará imprescindible apoyar con decisión cualquier paso que signifique un progreso en esa dirección.

[3] *El concepto de “complejo militar-industrial”, ¿puede ser útil y pertinente para interpretar el actual auge del gasto militar en la UE? ¿Se trata, realmente, de una cuestión de seguridad, o es expresión de esa misma economía que mata que denuncia Francisco en Evangelii Gaudium?*

El término fue popularizado por el presidente estadounidense Dwight D. Eisenhower en su discurso de despedida en 1961, donde advirtió sobre los peligros de una alianza estrecha entre los sectores militares, industriales y políticos. Este complejo no solo produce armamento, sino que también influye en la formulación de políticas de defensa, prioriza el gasto militar, y favorece una lógica de seguridad centrada en la disuasión y el conflicto potencial. Aunque el contexto europeo tiene especificidades (más regulaciones, estructuras supranacionales), la creciente convergencia entre intereses económicos, políticas de seguridad y estrategias industriales refleja muchas de las dinámicas clásicas de este concepto.

El eje franco-alemán, tradicional motor de Europa, atraviesa una profunda transformación económica y geopolítica. Ambos países recurren al rearme como estrategia de recuperación, lo que refuerza su industria militar pero no resuelve los problemas estructurales de desigualdad, malestar social y estancamiento económico. Además, este contexto alimenta tensiones políticas internas y el auge de fuerzas populistas y extremistas.

Emmanuel Macron enfrenta una economía estancada (crecimiento del 1,1%). El déficit público (6%) y la deuda (113,7% del PIB) superan ampliamente los límites del Pacto de Estabilidad europeo. El malestar social crece: casi el 45% de la población afirma tener dificultades económicas, y la popularidad de Macron es la más baja desde Hollande en 2015. En este contexto, Macron refuerza su apuesta por la industria militar, que ha convertido a Francia en el segundo exportador mundial de armas. Empresas como Thales han aumentado sus beneficios un 45% en 2024, impulsadas por pedidos estatales.

Alemania no ha logrado recuperarse tras el COVID y la pérdida del gas ruso barato. Su producción industrial sigue por debajo de los niveles precrisis y la economía ha decrecido dos años seguidos (2023 y 2024). La crisis ha provocado cambios políticos, alimentando el discurso de la ultraderecha, que capitaliza el descontento ciudadano ante problemas como la inmigración, la desigualdad y la pobreza energética (8,2% en 2023). Mientras gigantes como Volkswagen sufren, la industria de defensa (Thyssen, Rheinmetall) se beneficia del contexto bélico. Estas empresas están en expansión, y sus principales accionistas son fondos de inversión estadounidenses.

[4] *¿El rearme es una declaración de pre-guerra o de contra-guerra? Aunque el rearme se presenta como medida para evitar la guerra, ¿no se trata en sí misma de una afirmación explícita de la disposición y voluntad de un país para hacer la guerra?*

Reflexionamos sobre esta cuestión a partir de estos dos párrafos de *Fratelli tutti* (261):

Toda guerra deja al mundo peor que como lo había encontrado. La guerra es un fracaso de la política y de la humanidad, una claudicación vergonzosa, una derrota frente a las fuerzas del mal. No nos quedemos en discusiones teóricas, tomemos contacto con las heridas, toquemos la carne de los perjudicados. Volvamos a contemplar a tantos civiles masacrados como “daños colaterales”. Preguntemos a las víctimas. [...] Prestemos atención a la verdad de esas víctimas de la violencia, miremos la realidad desde sus ojos y escuchemos sus relatos con el corazón abierto. Así podremos reconocer el abismo del mal en el corazón de la guerra y no nos perturbará que nos traten de ingenuos por elegir la paz (261).

Afirmar con demasiada convicción la posibilidad de una «guerra justa» significa dar la oportunidad a los poderosos para que demuestren en el campo de batalla la justeza de sus pretensiones. Por muy adecuadas que sean sus causas, las naciones pobres parecen condenadas a no poder defenderlas. En ninguna confrontación bélica la posesión de la razón significó ventaja alguna de cara a la obtención de la victoria (382).

[5] *Apostamos por la paz. Sin duda. Pero ¿qué paz? ¿Una paz armada o una paz desarmada?*

Reflexionamos las palabras del Papa León XIV en su primera Bendición Urbi et orbi, el pasado 8 de mayo:

La paz sea con todos ustedes. Queridos hermanos y hermanas, este es el primer saludo de Cristo resucitado, el Buen Pastor que ha dado la vida por el rebaño de Dios. También yo quisiera que este saludo de paz llegue hasta sus corazones, que alcance a sus familias, a todas las personas, donde sea que se encuentren, a todos los pueblos, a toda la tierra. La paz esté con ustedes. Esta es la paz de Cristo resucitado, una paz desarmada, desarmante y también perseverante, que proviene de Dios, que nos ama a todos incondicionalmente. [...] Por lo tanto, sin miedo, unidos, mano a mano con Dios y entre nosotros, andemos adelante. Seamos discípulos de Cristo. Cristo nos precede. El mundo necesita de su luz; la humanidad necesita de Él como el puente para ser alcanzada por el amor de Dios. Ayudémonos los unos a los otros a construir puentes con el diálogo, el encuentro, uniéndonos todos para ser un solo pueblo, siempre en paz.

[6] *¿Pero, si no es mediante las armas, acaso es posible garantizar nuestra seguridad? ¿Hay alternativas a la seguridad armada?*

Pensamos sobre esta cuestión a partir del mensaje del Papa Francisco para la Jornada Mundial de la Paz 2017: «La no violencia: estilo de una política para la paz»:

En esta ocasión deseo reflexionar sobre la no violencia como un estilo de política para la paz, y pido a Dios que se conformen a la no violencia nuestros sentimientos y valores personales más profundos. [...] Que la no violencia se transforme, desde el nivel local y cotidiano hasta el orden mundial, en el estilo característico de nuestras decisiones, de nuestras relaciones, de nuestras acciones y de la política en todas sus formas. [...]

También Jesús vivió en tiempos de violencia. Él enseñó que el verdadero campo de batalla, en el que se enfrentan la violencia y la paz, es el corazón humano: «Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los pensamientos perversos» (Mc 7,21). Pero el mensaje de Cristo, ante esta realidad, ofrece una respuesta radicalmente

positiva: él predicó incansablemente el amor incondicional de Dios que acoge y perdona, y enseñó a sus discípulos a amar a los enemigos (cf. Mt 5,44) y a poner la otra mejilla (cf. Mt 5,39). Cuando impidió que la adúltera fuera lapidada por sus acusadores (cf. Jn 8,1-11) y cuando, la noche antes de morir, dijo a Pedro que envainara la espada (cf. Mt 26,52), Jesús trazó el camino de la no violencia, que siguió hasta el final, hasta la cruz, mediante la cual construyó la paz y destruyó la enemistad (cf. Ef 2,14-16). Ser hoy verdaderos discípulos de Jesús significa también aceptar su propuesta de la no violencia. [...]

Muchas veces la no violencia se entiende como rendición, desinterés y pasividad, pero en realidad no es así. [...] Porque la fuerza de las armas es engañosa. [...] La no violencia practicada con decisión y coherencia ha producido resultados impresionantes. No se olvidarán nunca los éxitos obtenidos por Mahatma Gandhi y Khan Abdul Ghaffar Khan en la liberación de la India, y de Martin Luther King Jr. contra la discriminación racial. En especial, las mujeres son frecuentemente líderes de la no violencia, como, por ejemplo, Leymah Gbowee y miles de mujeres liberianas, que han organizado encuentros de oración y protesta no violenta (pray-ins), obteniendo negociaciones de alto nivel para la conclusión de la segunda guerra civil en Liberia.

[...] La construcción de la paz mediante la no violencia activa es un elemento necesario y coherente del continuo esfuerzo de la Iglesia para limitar el uso de la fuerza por medio de las normas morales, a través de su participación en las instituciones internacionales y gracias también a la aportación competente de tantos cristianos en la elaboración de normativas a todos los niveles. Jesús mismo nos ofrece un «manual» de esta estrategia de construcción de la paz en el así llamado Discurso de la montaña.

[7] *Tal vez la clave de todo esté en la manera en que concebimos la promesa del Reino, la forma en que interpretamos y practicamos la tensión escatológica del “ya pero todavía no”.*

Reflexionamos a partir de este texto de Joseba Segura (*La guerra imposible*, 1991, pp. 387-391):

Dos paradigmas de interpretación teológica en tensión

Lina de las sentencias básicas de la teología cristiana afirma la presencia ya actuante del Reino de Dios en medio de la historia humana. Con igual vigor se sostiene, sin embargo, que tan sólo al final de los tiempos podremos contemplar el triunfo definitivo de Cristo y de su Reino. Se trata del conocido principio hermenéutico condensado en la expresión «ya sí, pero todavía no», de importancia esencial en la interpretación teológica del devenir humano y eclesial.

Sin embargo, en el marco general de este principio básico e indiscutible, caben diferentes subrayados que nos llevarán a conclusiones muy diversas según se acentúe la primera o la segunda parte del mismo. Daryl Schmidt, en un interesante análisis de la pastoral americana cuyas reflexiones pueden aplicarse a la mayor parte del magisterio católico, distingue dos paradigmas teológicos, cada uno de los cuales ha dominado la reflexión ética acerca de la paz en dos momentos bien diferenciados en la historia de la Iglesia:

1) Un paradigma pre-agustiniano que destaca el efecto transformador que la venida de Cristo ha tenido en la comunidad de los discípulos. Es posible ya desde ahora vivir de

otra manera y renunciar a la violencia. Algunos párrafos de la pastoral americana reflejan magníficamente esta perspectiva: Los creyentes son un grupo de...

«... testigos comprometidos en una difícil misión ... Obedecer a la llamada de Jesús quiere decir librarnos de toda atadura y afiliación que pueda impedirnos escuchar y seguir nuestra auténtica vocación. Ponerse en el camino de los discípulos es disponerse a compartir la cruz ... debiendo ver como normal incluso la vía de la persecución y la posibilidad del martirio. Fácilmente reconocemos que estamos en un mundo que se aparta cada vez más de los valores cristianos. Para permanecer cristiano cada cual debe tomar una resuelta postura contra muchos de los axiomas comúnmente aceptados por el mundo. Para ser verdaderos discípulos, debemos pasar un exigente curso de iniciación a la comunidad adulta cristiana. Debemos prepararnos para profesar la fe total de la Iglesia en una sociedad crecientemente secularizada».

Esta comunidad, inspirada en «el ejemplo de vida y las enseñanzas de Jesús», ha de comprometerse, tal como lo hicieron los cristianos de los primeros siglos, con un estilo de vida no-violento.

2) Pero a partir del siglo cuarto, cuando la sociedad se hizo oficialmente «cristiana», S. Agustín se vio obligado a elaborar un nuevo paradigma, denominado por Schmidt «neoplatónico», a fin de hacer comprensible una sociedad de bautizados que ha dejado de ser comunidad de cristianos perseguidos. Para lograrlo, Agustín se ve obligado a resaltar el «todavía no», la dimensión escatológica de un Reino que dista mucho de poderse experimentar con plenitud en nuestro peregrinar por este mundo pecador. Aquí el término escatológico significa lo que está fuera de la historia y tan sólo pertenece a su final.

[...] La Iglesia se describe como una comunidad peregrinante que sólo alcanzará su plenitud en la gloria del cielo. Tal imagen se deriva de la obra agustiniana «La Ciudad de Dios», la cual, en opinión de algunos autores, tiene fundamento «en un modelo de pensamiento neoplatónico» enteramente dualista, que subraya fuertemente la dicotomía entre las ciudades terrena y celeste.

Schmidt destaca que en el magisterio católico actual acerca de la paz, aunque todavía sigue planteándose básicamente desde un horizonte neoplatónico, comienza a cobrar de nuevo progresiva pujanza el paradigma pre-agustiniano. [...]:

«Si la nueva realidad descrita en las palabras de Jesús es un ideal abstracto, entonces incluso cuando *ya se* haya manifestado, *todavía no* ha de verse realizado en ninguna comunidad humana... La limitación es inherente al paradigma neoplatónico con el que los obispos están trabajando. Dado que este paradigma es una base necesaria para la teoría de la «guerra justa», su uso en la interpretación de la Escritura es un requisito necesario para la continuidad de la tradición de la “guerra justa”».

En esta perspectiva la débil identidad cristiana de los seguidores de Jesús no resulta escandalosa porque se explica en base a las necesarias limitaciones de la Iglesia peregrinante. Por el contrario, en el paradigma pre-agustiniano [...] la experiencia de pecado significa ante todo reconocer que vivimos en un mundo... «alejado de los valores cristianos». Ello supone que el cristiano «debe tomar una resuelta postura contra muchos axiomas comúnmente aceptados», a fin de «representar a Cristo y su modo de vida».

Inspirándose en argumentos semejantes, S. Hauerwas ha criticado con dureza esta teología de la historia: en ella los análisis políticos se sitúan dentro de un marco que enfatiza la naturaleza «interina» de nuestra presente condición. [...] Una escatología

más adecuada descansa «no en la convicción de que el reino no ha llegado plenamente, sino en que ya está aquí». Las antiguas lealtades del hombre viejo han de dejar paso a los requerimientos de una vida nueva. En la Iglesia y no en el mundo, el cristiano aprende el verdadero significado de la historia y en concreto que «la guerra no forma parte del cuidado de la providencia (divina) sobre el mundo».

En base a estas reflexiones, Schmidt y Hauerwas llegan a una conclusión discutible y que a buen seguro no es compartida por el cardenal Ratzinger: las ambigüedades de la teología moral católica sólo han de encontrar solución cuando ésta abandone el paradigma «neo-platónico» y adopte el «pre-agustianiano». Entonces el principio del «ya sí pero todavía no» se entenderá como un «ya sí» de la Iglesia, que vive en un mundo «todavía no» convertido, en medio del cual ha de ser signo de contradicción. Sólo así la Iglesia estará verdaderamente dispuesta a abordar la guerra «con una mentalidad totalmente nueva».

Sea cual fuere el valor que tal conclusión merezca, la teoría de los dos paradigmas nos ayuda a sacar a la luz una *nueva versión de la bipolaridad hermenéutica que se viene manifestando a lo largo de todas nuestras reflexiones sobre el tema evangelio-política*. Una dualidad que se manifiesta en distintas oposiciones tales como: ley natural-evangelio, razón-fe, principios morales universales-magisterio de la Iglesia, ética de seguridad-ética confesante, ciudadano-cristiano, comunidad civil-comunidad de fe, ya sí-todavía no, guerra justa-no violencia.

Según se interpreten los signos de los tiempos en función de los primeros o los segundos términos de las citadas oposiciones, las conclusiones de la reflexión moral serán muy distintas. Enfrentados a esta tensión dialéctica en la que no existe punto de perfecto equilibrio ni acercamiento plenamente «objetivo», también nosotros nos vemos precisados a exponer nuestro criterio. Y en lo que a la ética de la paz se refiere, creemos que la Iglesia debe subrayar la identidad de su aportación peculiar al mundo. Ante todo, buscando un testimonio más nítido de vida interna, pero también haciendo valer su voz en medio de la sociedad laica para marcar claras distancias críticas respecto a las ideologías que sólo creen en «la paz mediante la fortaleza».

Una ética «más evangélica», o por utilizar otra expresión también polémica «más profética», no debe necesariamente tomarse más incomprensible para la razón humana. En el tema de la paz, gran parte de los no creyentes sintonizan de antemano con una visión fuertemente crítica y alternativa de los actuales sistemas de seguridad. Sus motivos son bastante racionales, por más que algunos estén empeñados en calificarlos como «sentimentalistas». Existe, pues, una racionalidad que, aunque todavía resulte poco traducible políticamente, tiene ya desde ahora una función crítica esencial, y ha de empeñarse en la búsqueda de estructuras que la vayan haciendo progresivamente viable. En esta tarea, un cristianismo renovado por la fuerza de la inspiración evangélica que no descuide la necesaria información técnica y el consejo de los especialistas puede jugar un importante papel en la conciencia mundial. Para ello ha de mantener con fuerza la vigencia del «ya sí», porque una excesiva insistencia en el «todavía no» convierte al mensaje cristiano en un ideal utópico inoperante, incapaz de inspirar o motivar conductas o actitudes transformadas y transformadoras.